

Sumario:

A propósito del Ritual para la Iniciación Cristiana de los Adultos-RICA, el autor nos propone unas claves teológicas que nos permiten adentrarnos en la sustancia de un documento orientador, que intenta rescatar y poner al día una de las experiencias más fecundas e inspiradoras en la historia pastoral de la Iglesia: el catecumenado cristiano. Esas claves teológicas son: la cuidadosa atención a los contextos socio-culturales, la primacía de la Ecclesia Mater, la ministerialidad constitutiva de la comunidad cristiana, la trascendencia de la libertad como sede de la conversión, la dimensión pneumatológica de la iniciación cristiana, la índole pascual, el sentido celebrativo, la vertiente simbólica y la dimensión mistagógica.

**Lectura teológica
del ritual para la
iniciación cristiana
de los adultos
Ordo Initiationis Christianae
Adulorum - 1972**

Pbro. Francisco Merlos A.

Licenciado en Teología Dogmática, Universidad Gregoriana de Roma, Roma. 1965. Licenciado en Pastoral y Catequesis, Universidad Estrasburgo, Francia, 1966. Asesor de la Conferencia Episcopal Mexicana. Coordinador y Profesor de Teología Pastoral en la Facultad de Teología, Universidad Pontificia de México y en la Universidad Intercontinental.

Pretendo únicamente hacer una lectura del Ritual para la Iniciación Cristiana de los Adultos-RICA (sigla en español), ajustándome al texto y destacando algunas claves teológicas que nos permitirán adentrarnos en la sustancia de un documento orientador, que intenta rescatar y poner al día una de las experiencias más fecundas e inspiradoras en la historia pastoral de la Iglesia: el catecumenado cristiano.

La propuesta del RICA se inscribe en el gran marco de la renovación litúrgica propiciada por Vaticano II y que, junto a otras muchas iniciativas en la misma dirección, ofrece una visión complexiva de la seriedad con que la iglesia ha asumido su tarea de recuperar la conciencia celebrativa en torno al Misterio cristiano en la comunidad creyente.

El texto que nos ocupa subraya, desde la entrada, la intención de situarse en la perspectiva de *subsidio pastoral* para los hombres y mujeres adultos que se deciden a recorrer el camino de la vida teologal, mediante la experiencia y la celebración de la tríada sacramental del Bautismo, Confirmación y Eucaristía (RICA, Observaciones previas 1-3).

El hecho mismo de denominarlo “Ordo initiationis christianae adultorum” denota su carácter de ordenamiento o itinerario dinámico, vinculado más que a efectos rituales, a procesos vitales que buscan introducir gradualmente al discípulo de Jesús en la más pura esencia de la vida cristiana, configurada por los valores centrales del Evangelio.

Compuesto por un conjunto de 6 observaciones previas, 4 capítulos que trazan los pasos a seguir en diversas situaciones y de un apéndice que contempla la iniciación cristiana de los adultos en ámbito ecuménico, el documento refleja la sana preocupación por

tomar en consideración las previsible y variadas circunstancias en las cuales se tiene que hacer el itinerario cristiano.

Hecha esta breve introducción paso a proponer las claves teológicas o trasfondos subyacentes a la propuesta del RICA.

1. La cuidadosa atención a los contextos socioculturales

En reiteradas ocasiones el RICA subraya la urgencia de tomar en cuenta las circunstancias particulares de tiempo y lugares de los potenciales cristianos que inician el itinerario de su fe. Si bien el contexto es una categoría que surge de la lingüística y de la comunicación para indicar el espacio del sentido primigenio y auténtico de las palabras, es importante destacar que su uso a nivel sociocultural, denota la situación histórica donde se ubican las realidades y desde la cual se comprenden en su sentido original. Más aún, el contexto es el espacio de las raíces vitales más profundas que dan al ser humano una identidad, situándolo en el horizonte de justa comprensión. El contexto es el lugar del arraigo, de la pertenencia, de los significados básicos de la vida, de las experiencias fundamentales, de los interrogantes existenciales a los cuales no se renuncia del todo por el hecho de iniciar un nuevo proyecto de vida.

Al destacar el RICA las variantes de contexto que pueden existir en los individuos y en los grupos humanos, está dando a entender que se accede a la fe con toda la carga de humanidad; por lo mismo, la vida teológica se concibe como un proceso enraizado en el complejo tejido de la existencia concreta de los hombres.

2. La primacía de la Ecclesia mater

Eclesialidad, fecundidad y maternidad se dan la mano en el RICA. Como Pueblo del Dios de la vida, la Iglesia se reconoce engendrada por la Palabra misionera y por el Espíritu de Pentecostés; de allí que se entienda a sí misma como madre engendradora de

hijos que son al mismo tiempo creyentes, profetas, servidores y testigos.

Su capacidad para engendrar comunidades y asambleas creyentes, trasciende las fronteras étnicas, culturales y sociales, de tal modo que dondequiera que hay un corazón dispuesto a la búsqueda del Dios de Jesús, existe para ella la urgencia de crearle las condiciones favorables (acogida, catequesis, grados, ritos, organización...) para que se inicie en el camino de la nueva creación (RICA, 9).

3. La ministerialidad constitutiva de la comunidad cristiana

“El Pueblo de Dios, representado por la Iglesia local, siempre debe entender y mostrar que la iniciación de los adultos es cosa suya y asunto que atañe a todos los bautizados” (RICA, 41). Desde los comienzos fue constante esta convicción de las primeras comunidades cristianas. La única capaz de realizar plenamente la misión del Señor Jesús es la comunidad. Ella es el sujeto primordial del Ministerio pastoral. Toda ella es sacerdotal, lo dice Pedro (1 Pe 2,5). Toda la comunidad de hermanos (as) debe desarrollar ministerios, diaconías y carismas, lo afirma Pablo (ICor 12,4-6). Por otra parte, la realidad que cada comunidad vivió la llevó a distinta exigencia y realización. Las primeras comunidades se sentían fermento y se veían retadas a ser creativas según sus necesidades específicas (ICor 12,8; Rom 12,7; Ef4,11).

La convicción era clara. La misión de Cristo sería realizable sólo si todos y todas se hacían ministros del Evangelio, es decir, si toda la comunidad cristiana se convertía en comunidad ministerial. Y ésta se hacía realidad cuando daba respuesta a las más diversas necesidades, en forma de servicios, encargos o tareas.

El sujeto primordial del Ministerio pastoral es la comunidad cristiana en su totalidad. Ella es la protagonista que articula los carismas, los servicios, las tareas y las funciones, de tal manera que nadie (persona, institución, estructura o movimiento) puede arrogarse



una centralidad con pretensiones de absoluto. El epicentro de la ministerialidad reside en la comunidad creyente, que es al mismo tiempo origen, protagonista, lugar y mediadora de todo acto salvador. Su naturaleza diaconal no se negocia ni se condensa exhaustivamente en ninguno de sus miembros en particular. La ministerialidad afecta por igual a laicos y pastores. Hay que pasar del binomio clérigo-laicos al binomio comunidad-ministerios.

Los ministerios (no solo el ministerio sacerdotal), lejos de ser un elemento periférico y accidental de la Iglesia, son un elemento constitutivo y estructurante de la misma. Constituyen una dimensión ontológica de la comunidad. No pueden considerarse, ni como añadidura cultural, ni como adorno ritual, ni como complejo burocrático. Hay una verdad ministerial fundamental de la Iglesia, que debe expresarse y configurarse de modo operativo y real, en cada tiempo, a fin de que la Iglesia no deje de ser ella misma ministerial en su esencia. Debido a su esencial ministerialidad, la Iglesia es engendrada ministerialmente, se edifica a sí misma ministerialmente y es engendradora de ministerios a favor de todos. Es ministerial por vocación, por origen, por esencia y por finalidad. En su ser y en su tarea lleva impreso el signo de la diaconía. Un don, una dádiva o un carisma que no se traduzca en ministerio resulta ofensivo al Espíritu que los otorga con esa intención.

La condición ministerial de la Iglesia se desarrolla en la comunión y la unidad, unidas a la variedad y la pluralidad. Es importante subrayar que la unidad y la pluralidad de ministerios tienen en el Espíritu de Dios su causa común; en efecto, según la concepción apostólica, la presencia y acción del Espíritu en la comunidad se despliega en las dos vertientes igualmente imprescindibles y complementarias: en el reconocimiento de la igualdad fundamental de los creyentes, se vive la fe desde la diversidad para la comunión. Y en este sentido el ejercicio de la ministerialidad es una expresión del Misterio de la Trinidad. (Cfr). Los textos más representativos de esta teología de la ministerialidad una y diversa son: Rom 12,3-13; 1 Cor 12,1-11; Ef 4,4-16; 1 Pt 4,7-11.



4. La trascendencia de la libertad como sede de la conversión

Haciéndose eco de Vaticano II en su Decreto Ad gentes No. 13, el RICA sostiene que el “precatecumenado” es de gran importancia por cuanto dispone el corazón de los potenciales cristianos para que “crean, se conviertan libremente al Señor y se unan con sinceridad a El...”; por otro lado, la iniciación “se hace con la libre cooperación de los catecúmenos” (RICA, 9 y 5).

En no pocas ocasiones el texto hace alusión al ejercicio de la libertad en el camino de la fe, como presupuesto irrenunciable, dando a entender con esto que el valor de las opciones sin duda reside en el misterio de la libertad humana. Don, tarea y desafío, la libertad es valor que no se negocia, ni siquiera cuando se trata de optar por el Dios que interpela. La libertad es el camino certero para tocar con la fuerza del Evangelio “los criterios de juicio, los valores determinantes, los puntos de interés, las líneas de pensamiento, las fuentes inspiradores y los modelos de vida... que están en contraste con la Palabra de Dios y con el designio de la salvación.” (Evangelii Nuntiandi, 19). Vale decir que se trata de una opción fundamental, libre de cualquier tipo de presión.

5. La dimensión neumatológica de la iniciación cristiana

En formas diversas la comunidad “induce con su ejemplo a los catecúmenos a seguir al Espíritu Santo con toda generosidad” (RICA 4). La presencia del Espíritu en la historia salvífica, en el misterio de Jesús y en la existencia de la comunidad creyente es una realidad incuestionable. La presencia del Espíritu se despliega de tres formas fundamentales en el proceso catecumenal de la fe, propiciado por la Comunidad: *es precursor* (se adelanta para disponer al futuro cristiano), *es acompañante* (le va dando “ojos para ver y oídos para entender” los misterios de Dios) y *es continuador* (lo va forjando para llevarlo hasta la estatura del hombre perfecto).



Por otro lado el agua fecundada por la bendición en el Espíritu es para forjar criaturas nuevas y los ritos de la unción tanto del Bautismo como de la confirmación, no dejan de evocar la efusión generosa del Espíritu, significada en las unciones que transforman a los hombres débiles en profetas, sacerdotes y guías del Pueblo de Dios.

Por último, la sabiduría de la Iglesia que proclama al Espíritu como “*digitus paternae dexteræ*” (Dedo de la diestra del Padre) (Veni Creator), nos da a entender que, en el proceso de la vida teologal, Él es el indicador fundamental que marca certeramente el rumbo, los tiempos y las modalidades con las cuales el creyente se ha de incorporar al Pueblo del Señor.

6. La índole pascual de la iniciación cristiana

En la experiencia y en la incorporación al Misterio Pascual se sintetiza la sustancia de la iniciación cristiana. Ella en efecto, convoca para entrar en la dinámica de tinieblas-luz, de pecado-gracia, de esclavitud-liberación, de muerte-vida, que se va desplegando a través de varios momentos relevantes del proceso catecumenal; la ruptura progresiva con la vida antigua, la renuncia deliberada a todo lo que proviene del maligno y la pública profesión de fe, forman el quicio que precede al baño liberador donde la vida brota de la muerte por el poder del Espíritu.

Surgir del baño bautismal es una manera de expresar alegóricamente el inicio de la nueva criatura, que asciende de las regiones de la muerte para vincularse definitivamente, por medio de la vida teologal, al Resucitado, que se convierte desde entonces en el centro de gravedad de la existencia. El catecúmeno, por eso, es llamado neófito, esto es, recién iluminado por la claridad del Kurios, cuyo señorío se hará patente en la vida nueva del bautizado que estrena su fe.

La vida entera tendrá que estar marcada por la fidelidad a los imperativos derivados de este recíproco intercambio entre la debilidad del hombre y la potencia de Dios, entre el misterio de la libertad humana y el misterio de la gratuidad de Dios, entre el abismo de la



pecaminosidad del hombre y el abismo de la misericordia sin límites. El cristiano, por eso, se sabe consagrado para toda obra buena, habilitado para ser signo de fraternidad y, sobre todo, fortalecido para librar el combate de su fe con esperanza creativa. Es un hombre pascual.

7. El sentido celebrativo de la iniciación cristiana

Podría decirse que la estructura completa y el proceso total de la iniciación cristiana está concebido como una gran celebración que se va escalonando a través de sucesivas celebraciones en momentos puntuales. Hay un marco celebrativo que impregna cada uno de los instantes en que el catecúmeno va accediendo gradualmente a su experiencia de vida teologal. Prácticamente no hay acción que no se exprese celebrativamente o en clima de celebración (inscripción del hombre o elección, escrutinios, entregas, celebración de los sacramentos, *mystagogía*).

La significación profunda de esta dimensión celebrativa reside en el reconocimiento de la propia creaturalidad ante el misterio inabarcable de Dios, de su gratuidad que envuelve al hombre pecador, más allá de todo límite humano y de la inserción de su trascendencia en la inmanencia de la historia y de la vida cotidiana.

La conciencia del misterio, de la gratuidad, y de la trascendencia en la inmanencia es el quicio que define la actitud cristiana auténticamente celebrativa; esta actitud desencadena en el futuro miembro de la Iglesia las actitudes de acción de gracias y de bendición, de adoración y de contemplación, de alabanza y de súplica para mantenerse en la fidelidad a la opción fundamental. La iniciación a la oración personal, comunitaria y litúrgica se constituye en componente esencial del ser cristiano. La "*lex orandi lex credendi*" (nuestra manera de orar obedece a nuestra forma de creer) se hace praxis celebrativa cotidiana.



8. La vertiente simbólica de la iniciación

En este mismo marco celebrativo es conveniente subrayar el carácter fuertemente simbólico de la iniciación. El símbolo se encuentra a cada paso.

Los símbolos se contemplan como realidades tangibles que utilizamos intencionalmente los humanos para vincularnos con realidades invisibles o distantes, haciéndolas de ese modo presentes y accesibles a nuestro espíritu. Son mediaciones sensibles que nos llevan al misterio escondido de las cosas, de las personas o de Dios. Nos recuerdan y nos revelan la verdades profundas de la vida, haciéndonos reaccionar ante lo arcano y numinoso, que no podemos captar ni entender por la vía de la razón y del pensamiento lógico. El símbolo es camino mistagógico para llegar al misterio. Lo hace presente y lo torna cercano, aunque no lo haga plenamente comprensible. Es puente entre lo visible y lo invisible, lazo entre lo que se esconde y lo que se percibe, entre lo que se oculta y lo que se ve, entre lo que se experimenta y lo que se intuye. Es el punto donde se encuentra el espíritu y la materia. Es realidad compuesta de un elemento signifiante que vemos y un elemento significado que no vemos, pero que impacta los dinamismos más hondos del individuo.

Este “exceso de significación” hace que los símbolos posean una vertiente epifánica, por medio de la cual reflejan la “opaca transparencia” de la realidad simbolizada; pueden ser evocadores de un recuerdo de realidades fundantes que se perciben como fuentes de vida de vida y del ser (mitos); son capaces de producir una catarsis purificadora ante la ineludible insensatez del hombre (expiación); posibilitan, en fin, la encarnación anticipada de una utopía realizable, que potencia a la persona de cara a un futuro deseable (profetismo). El símbolo **convoca, evoca y provoca**, pero lo hace impactando al hombre entero en el centro mismo de su ser y no exclusivamente en el ámbito de su intelecto y sus ideas. Es irreductible a lo puramente conceptual y no puede someterse a los parámetros fijos de verificación racional. “El símbolo pone en juego al hombre entero, tanto en su corazón como en su ser social, tanto en su espíritu como en su cuerpo, tanto en su ser personal como en su ser comunitario... las



realidades más tangibles y materiales adquieren entonces todo un cuerpo de significaciones...”

9. La dimensión mistagógica del catecumenado de adultos

Unida a la vertiente simbólica, la iniciación reviste también una dimensión mistagógica, que consiste básicamente en la introducción existencial a los grandes misterios de la fe. El neófito tiene que ir avanzando en la vivencia y el conocimiento, la profundización, la asimilación vital y el compromiso permanente con las realidades más profundas que configuran lo esencia del cristianismo: la Trinidad, el Misterio pascual, la Eucaristía, el Reino de Dios, el Misterio de la Iglesia, la Conversión, el Espíritu en la historia, la Misericordia del Padre, la Plenitud definitiva de la existencia humana...

En este contexto cabe señalar que el creyente tiene un horizonte ilimitado al que posiblemente nunca logrará arribar del todo. Los misterios de Dios jamás podrán agotarse ni menos enclaustrarse en las búsquedas teológicas, místicas, celebrativas, pastorales o de cualquier otra índole. Escudriñarlos es para el cristiano una tarea inconclusa.

Por eso la vida teologal tendrá siempre un carácter dinámico, inacabado e irrenunciable y el discípulo de Jesús de alguna forma tendrá que mantenerse en situación de “neófito permanente”, es decir, de alguien que necesita ser incesantemente iluminado por la claridad que surge del Misterio de Dios, experimentado en las mediaciones históricas de la comunidad creyente.

Algunas incidencias para la catequesis derivadas del RICA

Quiero hacer apenas algunas insinuaciones a modo de conclusión.

1. El sujeto primordial de la catequesis es la entera comunidad cristiana, pues su acompañamiento catecumenal está entroncado

en su naturaleza esencialmente ministerial. Es necesario recuperar esta convicción.

2. Lo que urge es crear una identidad cristiana, entendida como proyecto inacabado y permanente de la existencia cristiana, con raíces profundas en el misterio de Dios y en el misterio del hombre.
3. En una cultura marcadamente simbólica y donde se vive una guerra de los símbolos, habría que descubrir alternativas para educar el sentido simbólico desde una perspectiva cristiana. Rescatar el sentido de los símbolos que, a menudo, se ven opacados por las simbologías en boga.
4. Actualizar la fuerza evangelizadora de la liturgia que ha quedado, en muchos casos, en un puro ritualismo vacío. Restaurar la relación intrínseca que hay entre palabra y rito, mediante la catequesis pre-sacramental, la catequesis de los signos litúrgicos y la catequesis que se desarrolla a través de celebraciones realizadas con dignidad.
5. Recuperar para toda la catequesis el sentido pedagógico del catecumenado y del RICA, el cual, no solo actualiza los tiempos litúrgicos que celebran el Misterio cristiano, sino también invita a tomar en consideración las situaciones concretas, los ritmos humanos, los condicionamientos culturales, las circunstancias históricas que pueden aplazar la trayectoria para acceder a la vida teologal.
6. Desplegar la imaginación creativa que permita dar respuesta apropiada a la pluralidad de situaciones en que se encuentran los potenciales cristianos. Los métodos y los lenguajes tienen mucho que ver en este ámbito.
7. Realizar una catequesis que eduque para el combate de la fe en un mundo de contrastes, de transiciones, de pluralismos, de contradicciones, de desafíos, pero también de utopías, de esperanzas, de proyectos y de anhelos de participación. La edificación de las realidades temporales es tarea del discípulo de Jesús.